

LA ESPERANZA.

(SEGUNDA EPOCA.)

PERIODICO DEL PUERTO DE TAMPICO DE TAMAULIPAS.

[TOMO II.]

MARZO, MARTES 10 DE 1846.

[NUMERO 73.]

INTERIOR.

LA POLITICA DE LOS EDITORES DEL TIEMPO, ANALIZADA ANTE LA NACION.

Libertas et anima nostra in dubio est.
Nuestra libertad, nuestra vida misma,
no son ya mas que cosas dudosas.
SALESIO.

El velo con que por tantos años se han cubierto las maquinaciones de los enemigos de la república, se ha corrido, para dejarnos ver las cosas cuales son en sí. El pueblo á quien tiempo hace se le hiciera ver la existencia del partido monarquista como el delirio de cabezas visionarias, como la

que antes se limitaban a intrigas oscuras y misteriosas, trabajan delante de todo el mundo. Sus maquinaciones pueden observarse por todo el que quiera meditar los hechos que están pasando. Todos los días un periódico cuyas relaciones y apoyo jamas fueron un secreto, encomia á la monarquía con frases pomposas; le busca partidarios con halaguetos ofrecimientos: todos los días se nos repite que un príncipe de sangre real europea es el único remedio que nos queda de ser libres y dichosos en el interior, fuertes y respetados en el exterior: todos los días se entregan á la burla y al odio los hombres, los principios y los recuerdos de la república. A los veinte números, el periódico borbonista resume su fé y muestra su carácter, diciendo que "el primero que en México predicó la democracia, fué un malvado digno de la execración del universo, y que cuantos despues han profesado los mismos principios, son sus cómplices."

rios de la monarquía. Inútil fuera decir que sostenemos la república, y que la sostenemos con entusiasmo. El anatema pronunciado nos honra. Invocamos empero solo la razón: procuraremos no descender hasta nuestros enemigos, y así desde luego entraremos á hablar de la simple posibilidad de la innovación.

Sus partidarios que con tanta arrogancia se han presentado en la palestra, los que tan modestamente nos predicaban todos los días su superioridad de ciencia sobre los demás escritores de México, no debían olvidar el origen de las monarquías, sobre todo, cuando quieran un gobierno con legitimidad y con traducción. Ellos mismos confiesan que las dinastías no se improvisan. Las monarquías han nacido en la infancia de las sociedades. Los pueblos de la Europa establecieron sus reyes en la cuna del imperio romano. La necesidad de un condado para las hordas belicasas que se dividieron por todo el continente, fué el origen

no puede dudar ya de su realidad, ni de sus proyectos, cuando con audacia esos hombres se le han presentado, haciendo alarde de su profesión de fé, execrando todos los recuerdos de la república, á la que por lograr el poder y adelantar su fin, tantas veces juraron obediencia y protestaron amor. Sean cuales fueren las combinaciones, el poder y los recursos de los monarquistas, nosotros nos felicitemos de que la máscara haya sido arrojada en los momentos en que parecia mas provechoso que nunca. Vale mucho la ventaja de saber con quiénes y por qué luchamos.

La completa ruina de las instituciones republicanas, el establecimiento de un trono, el llamamiento de un príncipe de sangre régia, en una palabra, el cumplimiento del plan de Iguala, es el objeto por el cual se trabaja. Dentro y fuera de nuestro país se nos predica esta medida como el último recurso de salvación que nos queda. En otro tiempo ese grito habria sido abogado en su origen. Los ciudadanos y los funcionarios públicos habrían alzado á un tiempo su voz, para renovar el juramento sagrado de defender el primero de todos los principios que la nación adoptara; para protestar que el cetro ensangrentado que por breves días descansó en la mano que habia roto las cadenas que ataban á nuestra patria, no pasaria á la diestra de un extranjero. Lo que hoy sucede está á la vista de todos.

Se cree que el pueblo fatigado de crímenes, causado de revueltas, dominado por el egoísmo y la corrupcion, ha llegado al punto que se necesita para aconsejarle, que confesándose incapaz de gobernarse por sí mismo, vaya á pedir, ó al menos deje que en su nombre pidan, á la Europa un rey que se encargue de gobernarlo; se cree que las cosas han llegado al punto necesario, para dar al mundo esa lección sin ejemplo. No es este un ensayo atrevido ni un trabajo de exploracion; no; los que largos años ocultaron cuidadosamente sus proyectos, los esponen á la luz del dia; los

la cuestion. Se trata de saber si nos hemos de gobernar ó hemos de ser gobernados; si México será dueño de su suerte ó pertenecerá á un rey extranjero. Nada de ambigüedad; se trata en efecto de ser ó no ser. No disputamos entre la federacion y el centralismo, ni peleamos por esta ó la otra modificación de los principios republicanos. Cuantos profesan estos, todos los que no quieren un rey, están de un lado, frente á frente de los que lo llaman. El problema va á ser resuelto, y el éxito del combate decisivo. Un partido desaparecerá necesariamente de la escena: un credo político quedará muy pronto condenado. ¡Gracias á Dios los términos son explicitos, y podemos entenderlos sin preámbulos equívocos, sin reticencias pérdidas, sin juramentos impios! LA REPUBLICA O LA MONARQUIA ESTRANGERA.

Pero es necesario entender bien los términos de esta cuestion. No es una discusion académica sobre las formas de gobierno en general. Se contienda sobre la suerte de México, y es preciso que México escoja entre esas formas: que las considere en relacion con sus elementos y su situacion, y que prevea las consecuencias del partido que ha de adoptar, ó al que se quiere someterla. No importa saber si la Inglaterra y la Francia con sus monarquías constitucionales, obra de todos los elementos que los siglos han acumulado, son dignas de admiracion. Es forzoso averiguar si México tiene como ellas el principio monárquico, ó por lo menos si puede formarlo: si es posible la creacion de todos los demás elementos indispensables para su desarrollo; si puede prometerse en fin que con ella se planteará un gobierno, misto, liberal, ordenado, y sobre todo nacional; ó si por el contrario, no puede establecerse sino sobre las ruinas de la libertad, sacrificando todo orden y bienestar, poniendo fin á nuestra existencia política. Este es el problema; este es el campo único en el que debe examinarse tan grave asunto, y bajo este aspecto nos ocuparemos de él, analizando lo que sobre esto nos dicen los partida-

naquia barbara. El elemento religioso consagró al principio hereditario, y la organizacion feudal que la conquista produjo, mantuvo los tronos como un poder conservador que regularizaba los intereses de todos, y gobernaba á las sociedades. La religion predicaba la obediencia á una familia consagrada, y el prestigio de la gloria, los recursos de la dominacion, afianzaban su poder. Estas ideas se trasmitian de padres á hijos por largas generaciones. Los honores nacian y morian viendo todos los recuerdos de orgullo nacional, todos los secretos de la fuerza del país, todas las esperanzas de la justicia simbolizadas en una familia. Su origen se perdía en la noche de los tiempos, y una larga cadena de reyes parecia asegurar su destino. En México esto no puede hacerse. El poder real no ha existido entre nosotros, y no puede tener ese origen, ni esos recuerdos, ni ese prestigio. Un rey que nos mundó fué un rey extranjero: su trono no brilló en nuestro país, ni su familia ha defendido jamas nuestra nacionalidad. En la historia del mundo no existe una página en la que se vea á los pueblos europeos del nuevo continente, unida su suerte á la de una familia real, estender con ellos sus dominios, defender bajo sus hijos la independencia y el honor de su país, fundar todas las instituciones civiles y religiosas que constituyen nuestra existencia; y así para nosotros cualquier príncipe europeo es un extranjero, sin gloria, sin tradiciones y sin nacionalidad; un ser sin semejanza alguna con lo que son en Europa sus respectivas familias reales; es menos aun que el último de nuestros ciudadanos, por que no ha nacido bajo el cielo de nuestra patria, ni vivido entre nosotros, ni nos conoce, ni se interesa siquiera en nuestra suerte. Nuestros recuerdos propios son de ayer, porque ayer nacimos; y si la gloria de nuestra nacionalidad no refleja sobre una familia sola, es por que fueron los hijos del pueblo, centenares de plebeyos sin nobleza, pero llenos de valor, los que con su sangre nos dieron la vida que tenemos.

Si la monarquía era nuestro destino natural, porque pasó desapercibido, ni los re-

¿Por qué no dar este honor supremo al creador de nuestra nacionalidad, al hombre sobre cuya frente se reflejaban todas nuestras glorias? Los que dicen que el imperio cayó, porque no tenía ni *ciudadanos*, ni *legitimidad*, ni *el respeto del tiempo*, ni *de las tradiciones*, ¿no podrían habernos dicho de la manera que todo esto se improvisa? Los "reminiscencias" del trono están en los elementos monárquicos de manera que si faltara á la república, es porque no los hay, y ningún otro los tendrá. Su "legitimidad" viene sólo de la voluntad del pueblo, y para el pueblo nadie tendrá en el porvenir el prestigio de aquel, cuya espada victoriosa rompió nuestras cadenas. Esta gloria sólida, esta gloria que no tendrá ya otra igual, por que no ha quedado por hacer una obra semejante, habría sido la única capaz de poner los cimientos del imperio, en las circunstancias también más propicias para ello, cuando estaban recientes los recuerdos de la dominación é intactos sus hábitos, cuando se pasaba del estado colonial á un imperio mexicano, antes de que las ideas y los intereses de la república hubiesen educado generaciones enteras. Entonces la monarquía de México se habría parecido en su origen á otras monarquías, y le habrían venido "el respeto del tiempo y de las tradiciones" que en su origen ninguna institución nueva puede tener. Las palabras con que se condena la monarquía de España en pro de la república serían fuertes, porque ellas atacan la monarquía, no al momento renunciársela en favor de una monarquía á la que faltaban aun más que á aquella esas condiciones, es burlarse del sentido común, es pensar que el vano sonido de frases sin pensamientos puede seducir á los hombres. Los voluntarios preguntan si nuestros elementos con un monarca, si nuestro estado no está en la ruina, ¿pueden ser más que impulsos de unos hombres, ¿pueden ser más que impulsos de un momento de un soldado?

¿Por qué no dar este honor supremo al creador de nuestra nacionalidad, al hombre sobre cuya frente se reflejaban todas nuestras glorias? Los que dicen que el imperio cayó, porque no tenía ni *ciudadanos*, ni *legitimidad*, ni *el respeto del tiempo*, ni *de las tradiciones*, ¿no podrían habernos dicho de la manera que todo esto se improvisa? Los "reminiscencias" del trono están en los elementos monárquicos de manera que si faltara á la república, es porque no los hay, y ningún otro los tendrá. Su "legitimidad" viene sólo de la voluntad del pueblo, y para el pueblo nadie tendrá en el porvenir el prestigio de aquel, cuya espada victoriosa rompió nuestras cadenas. Esta gloria sólida, esta gloria que no tendrá ya otra igual, por que no ha quedado por hacer una obra semejante, habría sido la única capaz de poner los cimientos del imperio, en las circunstancias también más propicias para ello, cuando estaban recientes los recuerdos de la dominación é intactos sus hábitos, cuando se pasaba del estado colonial á un imperio mexicano, antes de que las ideas y los intereses de la república hubiesen educado generaciones enteras. Entonces la monarquía de México se habría parecido en su origen á otras monarquías, y le habrían venido "el respeto del tiempo y de las tradiciones" que en su origen ninguna institución nueva puede tener. Las palabras con que se condena la monarquía de España en pro de la república serían fuertes, porque ellas atacan la monarquía, no al momento renunciársela en favor de una monarquía á la que faltaban aun más que á aquella esas condiciones, es burlarse del sentido común, es pensar que el vano sonido de frases sin pensamientos puede seducir á los hombres. Los voluntarios preguntan si nuestros elementos con un monarca, si nuestro estado no está en la ruina, ¿pueden ser más que impulsos de unos hombres, ¿pueden ser más que impulsos de un momento de un soldado?

No; los monarquistas de Europa al menos no se burlan tan estupidamente de nosotros; no nos predicán las excelencias de su sangre real ni quieren persuadirnos que ella supla la capacidad, el conocimiento de nuestros negocios, el amor á nuestro país, ni que nos dé una paz que no sea más que un pretexto para que el príncipe europeo, por que cree que se trata

de una obra europea. Juzgan que el mundo antiguo debe tomar nuestra tutela, que debe unir nuestra suerte á la suya, y fundar en México la civilización y como para eso se necesita un agente fiel de la política europea, relacionado con ella por su origen, su educación y su familia, y sostenido y protegido por sus recursos; quieren un príncipe como el de la Bélgica y la Grecia, escogido y sostenido por ellos; y si en esto, el honor de nuestro país queda profundamente humillado, no llegamos al menos á presentarnos cubiertos de ridículo, creyendo en las más miserables palabras. Mejores son para nosotros los detractores de nuestro país en el extranjero. Son al menos francos y leales; mientras que nosotros apostamos de la monarquía con hipocresías y alabes. Si ellos conocen bien las condiciones precisas de su proyecto y las niegan. No tienen valor para decirle á la nación que con el príncipe extranjero vendrá un ejército extranjero que lo sostenga; ministros extranjeros que lo ayuden á gobernarlos, cortesanos y favoritos extranjeros que le ayuden á disponer en los placeres la fortuna de nuestros hijos, y en resumen UNA POLÍTICA EXTRANJERA que nos gobierne. Capaces de pasar por todo esto, y empujados en llamado, no creen que pueda decirse al pueblo, y por esto hemos oído de su boca estas palabras que han espuesto al desprecio á los partidarios de la legitimidad, esas palabras que sólo traidores ó alientes podrían escribir. "¿Cabeza es" dicen, "que se ofrece á México un príncipe de sangre real á cambio de una dignidad que se puede comprar en el extranjero." Esto podía hacerse hace tres siglos, eso ya no puede hacerse hoy, y menos en los gobiernos representativos. No queremos un príncipe extranjero, sino un príncipe mexicano, en el ejército, en el pueblo mexicano debe apoyarse, lo que pretenda ser sensible en nuestro país.

¿Por qué no dar este honor supremo al creador de nuestra nacionalidad, al hombre sobre cuya frente se reflejaban todas nuestras glorias? Los que dicen que el imperio cayó, porque no tenía ni *ciudadanos*, ni *legitimidad*, ni *el respeto del tiempo*, ni *de las tradiciones*, ¿no podrían habernos dicho de la manera que todo esto se improvisa? Los "reminiscencias" del trono están en los elementos monárquicos de manera que si faltara á la república, es porque no los hay, y ningún otro los tendrá. Su "legitimidad" viene sólo de la voluntad del pueblo, y para el pueblo nadie tendrá en el porvenir el prestigio de aquel, cuya espada victoriosa rompió nuestras cadenas. Esta gloria sólida, esta gloria que no tendrá ya otra igual, por que no ha quedado por hacer una obra semejante, habría sido la única capaz de poner los cimientos del imperio, en las circunstancias también más propicias para ello, cuando estaban recientes los recuerdos de la dominación é intactos sus hábitos, cuando se pasaba del estado colonial á un imperio mexicano, antes de que las ideas y los intereses de la república hubiesen educado generaciones enteras. Entonces la monarquía de México se habría parecido en su origen á otras monarquías, y le habrían venido "el respeto del tiempo y de las tradiciones" que en su origen ninguna institución nueva puede tener. Las palabras con que se condena la monarquía de España en pro de la república serían fuertes, porque ellas atacan la monarquía, no al momento renunciársela en favor de una monarquía á la que faltaban aun más que á aquella esas condiciones, es burlarse del sentido común, es pensar que el vano sonido de frases sin pensamientos puede seducir á los hombres. Los voluntarios preguntan si nuestros elementos con un monarca, si nuestro estado no está en la ruina, ¿pueden ser más que impulsos de unos hombres, ¿pueden ser más que impulsos de un momento de un soldado?

tuviere que hincarse de rodillas ante los generales mexicanos, para que fuesen á defenderlo.

No, mil veces no. Los que tal aseguran son ó los más cándidos y necios de los hombres, ó unos impostores que no se atreven á decir á la nación todo el ultraje, todo el oprobio que le destinan. Es imposible concebir la venida de un rey extranjero sin el acompañamiento de un ejército extranjero.

¿Y hay un solo mexicano, fuera de los que esperarían recibir del príncipe el premio de sus servicios, uno solo que no se indigne á la amenaza de veros inundados de extranjeros insolentes, que armados y dominadores, nos harían sufrir todo género de humillaciones? Así fue José Bonaparte á España, y á pesar de que era un país monárquico, de que estaba regido por uno de sus peores reyes, de que lo precedía la sumisión de la Europa, un millón de bayonetas no pudo sostenerlo. Los mexicanos somos hijos de los españoles, y tenemos sobre ellos para una lucha igual las ventajas del terreno y de la disciplina, los recuerdos indelebiles de victorias añejas de república.

Y no sería esto todo. La monarquía aun en sus formas menos adelantadas necesita una aristocracia un cuerpo poderoso en que apoyarse. Esta es una verdad no menos incontestable en la práctica que en la teoría, y ella es la que le hace repetir *al Tiempo* que quiere una aristocracia, y una aristocracia que sea un embargo de que sobre esta punto aun las oficinas que aquella con tanta ignorancia de los más tratados principios de la ciencia política que campea en sus columnas. "Queremos, dicen, que como siempre en todas las monarquías se haya una aristocracia que sirva de freno á la corrupción de la administración, de la riqueza, de las necesidades militares y civiles que se aglomeran al lado de un príncipe que no sabe gobernar."

¿Por qué no dar este honor supremo al creador de nuestra nacionalidad, al hombre sobre cuya frente se reflejaban todas nuestras glorias? Los que dicen que el imperio cayó, porque no tenía ni *ciudadanos*, ni *legitimidad*, ni *el respeto del tiempo*, ni *de las tradiciones*, ¿no podrían habernos dicho de la manera que todo esto se improvisa? Los "reminiscencias" del trono están en los elementos monárquicos de manera que si faltara á la república, es porque no los hay, y ningún otro los tendrá. Su "legitimidad" viene sólo de la voluntad del pueblo, y para el pueblo nadie tendrá en el porvenir el prestigio de aquel, cuya espada victoriosa rompió nuestras cadenas. Esta gloria sólida, esta gloria que no tendrá ya otra igual, por que no ha quedado por hacer una obra semejante, habría sido la única capaz de poner los cimientos del imperio, en las circunstancias también más propicias para ello, cuando estaban recientes los recuerdos de la dominación é intactos sus hábitos, cuando se pasaba del estado colonial á un imperio mexicano, antes de que las ideas y los intereses de la república hubiesen educado generaciones enteras. Entonces la monarquía de México se habría parecido en su origen á otras monarquías, y le habrían venido "el respeto del tiempo y de las tradiciones" que en su origen ninguna institución nueva puede tener. Las palabras con que se condena la monarquía de España en pro de la república serían fuertes, porque ellas atacan la monarquía, no al momento renunciársela en favor de una monarquía á la que faltaban aun más que á aquella esas condiciones, es burlarse del sentido común, es pensar que el vano sonido de frases sin pensamientos puede seducir á los hombres. Los voluntarios preguntan si nuestros elementos con un monarca, si nuestro estado no está en la ruina, ¿pueden ser más que impulsos de unos hombres, ¿pueden ser más que impulsos de un momento de un soldado?

podemos creemos propios para ser un pueblo republicano, una existencia de catorce años llena de sangre, de desastres y de revolución, debería también persuadirnos de que la monarquía representativa no está consolidada en España. Respecto de Francia, no olvidemos que el primero de sus reyes constitucionales murió en un cadalso; que la república se estableció sobre el trono; que siguió luego el absolutismo militar; que solo las bayonetas de la Europa coligada pudieron libertarla de ese poder; que luego una revolución arrojó del trono a la raza primogénita; que la crisis de una regencia la amenaza, y que si se ha conservado el trono de Julio, es por la singular habilidad de su jefe. Un rey como Luis Felipe, es raro entre los príncipes de sangre real, y cuando él existe su genio suplía las instituciones, en vez de probar que ellas sean buenas. Estas no son completas sino cuando por sí resisten á dificultades y desgracias. En Europa no faltan quienes opinen que las instituciones inglesas no se acimentarán jamás en el continente.

Los recuerdos de nuestra nobleza son de ayer, son recuerdos sin respeto, sin poder, sin gloria; ¿podrán trasplantarse á México como por encanto? ¿Tenemos nosotros, medio alguno de hacer existir en nuestro país esta aristocracia indispensable en las monarquías? Nuestros condes y marqueses eran plebeyos que compraban con dinero un título vano, sin privilegios y sin poder político; nuestros padres los conocieron plebeyos y nosotros los hemos visto malgastar sus bienes, confundirse en la oscuridad del vulgo. Sería, pues, necesario fundar una aristocracia y no se cuenta de dónde sacarla. ¿De la propiedad raíz? No, porque la aristocracia de la propiedad raíz, es una aristocracia que tiene sus bienes vinculados, que ha gozado derechos feudales ó de señorío sobre los habitantes de los terrenos, que ha ejercido en ella un influjo político. Una propiedad raíz libre, gratuita, con una deuda enorme, y poseída en

parcelas de poco valor, no puede constituir una aristocracia; es para ello muy numerosa y á la vez poco fuerte. Le faltan además todos los recuerdos y las tradiciones de la nobleza, á tal punto que ella misma se burlaría la primera de su elevación monarca, de su llamamiento á las gradas del trono. La nobleza de Inglaterra posee casi toda la propiedad raíz, y es la más antigua, rica é ilustrada del mundo. ¿Acaso la nuestra se fundaría en la propiedad moviliaria? Menos todavía, porque tal propiedad, entre nosotros en su mayor parte extranjera, esta propiedad que se eleva y decae en un momento, pugna por su carácter transitorio con la estabilidad de la aristocracia; por sus hábitos, sus recuerdos y sus intereses nada tiene que ver con los intereses de un trono. Esta aristocracia ni ha existido jamás, ni puede concebirse. Volvamos á decirlo: la propiedad no es la aristocracia; y si lo fuera, ¿todos los pueblos del mundo no serían monárquicos? ¿los Estados Unidos no fueran la primer monarquía de América? Los servicios civiles, y el talento tampoco pueden constituir una aristocracia: nada hay tan individual ó independiente como el talento: nada más desprovisto de genealogías y títulos. Las asociaciones literarias que no pueden tener ni aun espíritu de cuerpo, ¿cómo formarían una aristocracia? ¿Y podría México tener la aristocracia del talento? El ejército, por último, tampoco podría formar la aristocracia; la aristocracia militar solo puede fundarse en las conquistas, cuando cada jefe combate con su tribu ó su nación y adquiere después la propiedad y el poder: una nación que no puede conquistar; una nación que no tiene más que guerras civiles, un ejército unifario y en el que cada jefe manda los soldados de una misma nación, no puede formar una aristocracia, no puede suplir la nobleza. Cuando Napoleón con tanta gloria y tantos elementos, no pudo contrahacer una aristocracia, por Dios que no queramos nosotros llevarla á cabo. Esta sería la última y más

ridícula de nuestras parodias. Desengañámonos que sobra en la nobleza: el día que existiera alguna, el pueblo la cubriría de ridículo, de odio, de profundo y merecido desprecio. Cada conde *ad honorem*, cada marques *in partibus infidelium* cada barón *improvisado* sería visto como un insensato: su origen, su mérito y sus pretensiones estarían bajo el esclavo é inexorable dominio del sarcasmo y la caricatura, y un poder que se aborrece y se desprecia no manda jamás. En México todos éramos iguales porque todos éramos dominados; porque ninguno partía el poder con la metrópoli. En México la democracia ha sido una verdad.

Así, cuando se nos dice que tendremos una aristocracia, "pero no la antigua" aristocracia de nacimiento y pergaminos sino la aristocracia del mérito, de los talentos, de la propiedad, de la riqueza, de la instrucción, de los servicios hechos á la "patria" en todas las carreras," se nos dice una paradoja comparable solo con la venida del rey sin un soldado. No ya para la monarquía representativa, para una monarquía semejante á las que existieron en Europa en la edad-media y á las que hoy existen en algunos estados absolutos, para toda monarquía nacional el rey necesita una clase poderosa que le renozca por su primer individuo, una clase con privilegios antiguos, con recuerdos gloriosos, con un fuerte espíritu de cuerpo, con verdadero poder, íntimamente unida al trono, mediadora entre su poder y el pueblo, y esto no puede ni importarse ni improvisarse. El pueblo que no la tiene ha de pasarse sin ella; y no teniéndola nosotros, ¿qué clase de monarquía regularizada podríamos tener? ninguno. En en el ómnibus de lo posible, en México no podría haber un rey extranjero, sino bajo una forma entera y puramente militar, con un ejército extranjero, ocupando todo el país y administrando las provincias militarmente. Esta es una verdad lucenosa, y por eso todos

los periódicos extranjeros hablan de mandar á México una tirza capaz de someterlos; lo que entérminos claros equivale á reconquistarnos; y por esto decimos que á falta de elementos y de moralidad, la monarquía no puede existir entre nosotros sino por la fuerza. La independencia de México morirá con las instituciones republicanas. Por cualquier lado que la cuestión se examine vamos á parar en lo mismo.

Ni cómo, aun prescindiendo de estas y otras gravísimas consideraciones, ¿podríamos pensar que México entrara en la carrera de la civilización, ingratando en su libertad naciente el espíritu monárquico, la influencia de una monarquía europea? La idea de que así nos igualáramos con las naciones más adelantadas de Europa en materia de libertad política y civil, es un error muy grosero, para que pueda persuadirnos de él. Nosotros conocemos demasiado á los monarquistas de México para asegurar, que si trabajan por la monarquía, es en odio y no en provecho de la libertad. La existencia de la libertad política en las monarquías, no es la consecuencia del principio monárquico. Al contrario; todavía existen multitud de monarquías absolutas, y todas lo han sido por muchos años. Elevado un hombre á tanta altura, nada es más natural que su esfuerzo para dominarlo todo: en su situación las resistencias irritan, la repartición del poder le parece un ultraje. Su orgullo solo puede satisfacerse con el absolutismo. Los reyes se han creído superiores á los demás hombres, han apelado al derecho divino, como á un título de legitimidad; y apoyados en aduladores y sofistas, han establecido que los pueblos les pertenecían en pleno dominio. Solo las revoluciones y los desastres los han sujetado. Las monarquías representativas no derivan su libertad de la existencia, sino de la humillación del trono: la libertad de las monarquías representativas, se debe á los triunfos de la democracia sobre los nobles y los reyes. En Francia y

en Inglaterra, llegó un día, en que la plebe ruda, ignorante y despreciada por tantos siglos, se acordó de que su sufragio constituía el poder de los opresores; se levantó para no dejarse mudar más por los príncipes de sangre real, ni por la aristocracia, y su movimiento causó un trastorno espantoso. Después de la caída del trono, de la expulsión de la nobleza, del suplicio de los reyes, después de catástrofes sangrientas, los vencidos y los vencedores pudieron avenirse, admitiendo el elemento democrático hasta entonces excluido. El rey limitó su poder, la nobleza reconoció los derechos del pueblo, y éste entró para asegurarse de que nada se haría contra su voluntad, para adquirir día á día mayor ensanche. Esta es la monarquía representativa; así se ha establecido en su última forma: esa ha sido su marcha. ¿Puede seguir México la misma? ¿Puede suplir el poder y el influjo de hechos que no han sucedido, de intereses que no se han creado? Bien singular es, por cierto, que los que tan sentidamente gimen por la ensayada institución de los Estados Unidos del Norte, quieran obligarnos á la servil copia de las instituciones de las monarquías, sin pensar en que tampoco tenemos relación alguna con ellas. Las instituciones republicanas son mucho más fáciles, no que el despotismo puro, porque este es el más cómodo y sencillo de todos los sistemas, pero sí y con mucho que las monarquías representativas, complicada obra de los siglos, difícil arreglo de transacción de lo pasado con lo presente, forma transitoria de un movimiento formidable, institución, en fin, profundamente enlazada con todas las partes del cuerpo social, eminentemente nacional y constituida más bien por las creencias, las tradiciones y los intereses que por los artículos de una carta. Sin una familia real enlazada por toda nuestra pasada vida, sin una aristocracia combinada con nuestros intereses, sin un pueblo que recuerde en el año ó el otro de estos poderes el origen de su libertad, sin esas costumbres, sin esas instituciones, sin esas ideas, sin esas instituciones que

nosotros, en una guerra civil, nos hemos impuesto y nos imponemos, no podemos imponer el imperio sobre todo, los sucesos del impulso democrático de nuestros días, y continuar con poderes quince siglos representativos, ante el que cabe la revolución social. Verdaderamente atrevidos y cegros están los que juzgan que el espíritu republicano se halla vencido, que ha dejado de existir en Europa.

La democracia conquistó al mundo y hamborea los troncos amanzados por los siglos. Un hombre célebre que aun vive entre nosotros y que citamos de preferencia como al más apasionado é inteligente defensor de la monarquía, en el centro de las revoluciones europeas juzgaba de una diversa manera que los editores del Tiempo. "Nosotros, dice el vizconde de Chateaubriand, "al hablar de la invasión francesa de España en 1808, no pensábamos pasar definitivamente a la monarquía del golpe de los siglos: el universo cambia, los principios nuevos destruyen gradualmente los antiguos: la democracia tiende á sustituir la aristocracia y la monarquía. Es necesario guardarse de tomar estas ideas revolucionarias de los hombres." Nada sería más fácil que acumular unas sobre otras multitud de citas. El movimiento democrático de la Europa ha sido demasiado rápido en su marcha y notable en sus consecuencias para que no llamase la atención. Un espacio inmenso separa ya la sociedad de hoy, de la de hace un siglo. Todas las ruinas llevan el sello de la aristocracia y de la monarquía; la democracia se ostenta vencedora, impía, y sin cesar luchando por nuevas ventajas. Los que pintan el principio republicano extinguido en Europa, tienen la capacidad singular de ver los detalles al revés. Los hombres brevísimos de aquella parte del mundo se burlan de sus aserciones. Que se lea la historia de estos últimos tiempos; que se siga un periódico en un Diario la marcha de los negocios y se verá que todas las instituciones que

se han hecho, que todas las que se debaten, son en ganancia del pueblo, en pérdida de la monarquía y de la aristocracia. En una palabra, el movimiento social de Europa, todos sus progresos se dirigen á un fin, á disminuir el poder del régimen antiguo, á la emancipación del pueblo. ¡Y á nosotros se nos propone que para imitar á la Europa tomemos un camino contrario, que erigamos los obstáculos con que ella lucha, que sufiquemos el movimiento que ella desarrolla! En verdad que semejantes desvarios oscurecerían la retufación.

Empero el secreto de tal contradicción ya está señalado. Los borbónicos de México se fingían admiradores de las monarquías representativas de Europa; y en efecto, como quieren persuadirnos, la monarquía hubiese de venir á nuestro país tal como existe en Francia y en Inglaterra para consolidar las libertades públicas, con su sistema representativo, su división de poderes, sus elecciones animadas, su pueblo armado, su ejército profundamente sumiso á la autoridad civil, sus juicios por jurados, su fuero único para todos los ciudadanos, su imprenta libre y su tolerancia religiosa, no habría mayores enemigos de la monarquía que sus actuales partidarios. Lo que ellos buscan en la monarquía es el poder absoluto y los privilegios. Ellos saben muy bien que las conquistas liberales que la república no ha hecho, se retardarían por muchos años con el establecimiento de un monarca extranjero y por eso lo piden, por eso conspiran para traerlo. Lo que ellos admiran no son esas revoluciones democráticas que venciendo al trono lo obligaron á dejar el poder absoluto, para contentarse con las formas de la monarquía representativa; sino las revoluciones por las que destruidas las repúblicas se ha levantado sobre ellas un poder tiránico. El feliz Augusto es el objeto de su culto, el gran modelo que proponer; y si Napoleón después de haber envenenado la revolución hubiera llamado al gobierno *legítimo* de un príncipe de sangre real, los parecería el mejor de los príncipes.

Por aquellas contradicciones que se ven en que abunda el periódico monárquista, el que habla de una monarquía representativa y que dice querer cédulas electivas, se ostasia contemplando la reunión que Augusto hizo en su persona del poder ejecutivo y el legislativo, como la mejor inspiración que pudiera haber tenido, y lamenta con dolorido acento que no se haya tenido presente al establecer el actual gobierno. Todas sus palabras denotan sus creencias: es el irreconciliable enemigo de todas las innovaciones liberales, de todas las reformas democráticas que se han ensayado, y á las que diariamente reprocha nuestras desgracias. Y aun cuando no lo dijeran sus palabras, en veinticinco años de incesante lucha; bien los conocemos: los enemigos de la guardia nacional, de la libertad de imprenta y del juicio por jurados; los inventores de los tribunales militares, los que proscriben el elemento democrático, los implacables enemigos de toda idea liberal, los defensores acérrimos de todos los principios y los hechos de oscurantismo y de opresión, los corruptores de la moral pública y del orden social, los verdugos de Iturbide, de Guerrero y de tantos otros defensores de la independencia, no quieren un trono y un borbon, sino para hacernos retroceder al punto de partida, para herir de muerte todas esas tendencias liberales y republicanas con que han luchado hace treinta y cinco años. Solo así se concibe que pidan el cumplimiento de todas las promesas de Iguala, cuando de ellas se sigue por una deducción irresistible lógicamente el llamamiento del príncipe de sangre real mas servil y atrasado que hay en Europa, del pretendiente D. Carlos (*), para quien las mo-

[*] El artículo 3.º de los tratados de Córdoba dice así: "Será llamado á REINAR EN EL IMPERIO mejicano (previo el juramento que designa el art. 4.º del plan), en primer lugar el Sr. D. Fernando 7.º rey católico de España; y por su renuncia ó no admisión, su hermano

narquías representativas son una impiedad; el derecho de los reyes absoluto y divino; el único gobierno posible el de la inquisición. La pluma se detiene: el corazón se indigna de tanta infamia.

Si se juzga que á tal punto hemos llegado, bien, que se nos sugete; que se nos entregue atados de pies y manos al que todavía hoy cree en Bourges que somos sus amados y rebeldes súbditos. ó á cualquier otro príncipe como el educado bajo el absolutismo, nutrido con el odio al sistema representativo y á las ideas liberales que en Europa turban su sueño. La única buena razón, la sola suficiente es la fuerza, y si se tiene, que al menos no recurran á la superchería y al engaño: el valor civil de que se jactan haber necesitado para declararse monárquistas deben emplearlo en ahorrarse la humillante baja de incensar las instituciones liberales que detestan: que nos digan de una vez lo que quieren y acepten sus consecuencias. Pero que no se crea al menos que sorprendida ó sojuzgada la nación, traído el monarca é introducido el necesario ejército extranjero, en cambio de la libertad perdida, se tendrá al menos la tranquila paz de la servidumbre.

Es un error creer que una sociedad profundamente agitada, donde lo pasado lucha con lo presente, donde no puede ni contenerse el impulso de las nuevas ideas, ni acelerar el progreso de las costumbres, de manera que en un momento se pongan al nivel de ellas, donde, en fin, los elementos sociales se agitan para tomar su forma, el movimiento podrá contenerse con un trono. La generación vigorosa que hoy existe, la mayoría de los mexicanos ha nacido durante la revolución: es estraña á ese pasado que quiere pintarse con tanta magnificencia; el odio á los opresores penetró en los primeros días de su infancia y las ilusiones de la libertad y la república, arrullaron su cuna. Estos hombres no se resignarán humildes al yugo. El ejército hasta ahora árbitro de la suerte de la patria, por su espíritu, por su orgullo y su honor, resistirá un orden de cosas que lo reducirá primero á la humilde condición de cohorte de un rey extranjero; que pondría á su lado inmediatamente otro ejército mas fuerte y numeroso que él, y que acabaría por disolverlo como demasiado costoso y muy poco seguro. La guerra comenzada en 810 estallarí en cien lugares: los departamentos fronterizos se agregarían á la república vecina: los mexicanos no serian menos que los árabes del Africa todavía no sometidos; como ellos lucharían día y noche; y si á pocas leguas de Europa ochenta mil franceses no han bastado para conservar la paz en un pueblo bárbaro, cuántos soldados extranjeros se necesitarán para mantener á México sometido y tranquilo? La monarquía llamada por la traición, solo se establecería por la violencia, solo se conservaría por el terror. El pueblo sería estraño al trono, y de todas maneras vendría á ser cierto que México no había cambiado su constitución, sino pasado al yugo extranjero. Solo esta causa bastaría para empeorar la situación del país, para encender una interminable guerra civil, para hacerlo que sucumbiera bajo el desorden. Los ejemplos de la Bélgica y de la Grecia nada prueban. La Bélgica había estado sometida al poder monárquico por largos siglos, formó parte de la España y después fué un departamento francés; á la caída del imperio, la Santa Alianza desmembrando la Francia, formó de la Bélgica y de la Holanda un reino. Los belgas, mandados por un príncipe de sangre real, continuaron inquietos y agitados; en 1830 proclamaron su independencia, y la Europa constató en ella, nombrándoles un rey: pa-

EL SERENISIMO SR. INFANTE D. CARLOS; por su renuncia ó no admisión, el serenísimo Sr. Infante D. Francisco de Paula; por su renuncia ó no admisión, el serenísimo Sr. D. Carlos Luis, antes heredero de Etruria, hoy de Lucca, y por renuncia ó no admisión de este, el que las Cortes del imperio asignaren.

ra ellos la monarquía ha sido su independencia: su destino está arreglado por el equilibrio continental. La Grecia era un país pobre, pequeño y despoblado: era la reunión de quinientos mil cristianos sometidos al despotismo turco; bajo un príncipe de sangre real que los trataba sin piedad: se alzaron contra la dependencia, y la Europa les nombró un rey: un niño de sangre real que los gobernó por un regente, hasta que llegó á los veinte años; y ¡qué ha adelantado la Grecia! Con la monarquía las revoluciones la han devorado: el desorden lo ha destruido todo: los bandidos infestan los caminos y las calles de la capital: no hay ni orden ni progreso: la hacienda en bancarrota aumenta cada día su deuda: los ministerios suben y caen revolucionariamente, y para colmo de oprobio, los infelices helenos no luchan por sus querellas: la patria de Leonidas está dividida entre el partido francés y el partido ruso. ¡México! esta es la suerte que los traidores te preparan!

(Se continuará.)

LA ESPERANZA.

Tampico, Febrero 10 de 1846.

TEJAS.

Por disposición del supremo gobierno han salido hoy de esta plaza para la de Matamoros el batallón Guardia-costa de Tampico y compañía permanente de esta ciudad, á las órdenes del Sr. coronel D. José Antonio del Castillo. A esta fuerza de excelente infantería debe reunirse en el camino un grueso de caballería respetable situado por la comandancia general con anticipación en San Fernando.

Con las fuerzas referidas se reunirán por ór-

den superior a la division del Norte 30 mil personas, y sabemos por cartas particulares que el Sr. general Vega ha recibido últimamente libertades de consideración, y que sus tropas están de dos meses á la fecha acuarteladas en sus haberes: dichas tropas á las órdenes de su digno jefe, llegarán hoy ó mañana á Matamoros.

Esta plaza tendrá pronto dentro de su recinto mas de dos mil hombres de línea.

Con la mayor satisfacción anunciamos que en los habitantes de la frontera amagada por nuestros injustos vecinos, reinaba el mayor entusiasmo para combatir al lado del ejército nacional.

Ese patriótico entusiasmo se aumentará luego que allí se sepa, que se acerca á defender nuestro territorio con una brillante division el bizarro general Ampudia.

A ULTIMA HORA.

Acabamos de saber que el Sr. General Ampudia llegó á S. Luis Potosí el día 4 y que su division comenzaba á entrar el día 6 á aquella ciudad. S. S. ha sido nombrado general en jefe de la 4.ª division militar, y se dirige para la frontera del Norte á marchas rápidas con las tropas de su mando.

LO IMPRIME PERILLOS Y GROIZARD